

CAMINOS EN LA SIERRA DE PELA

Por Raúl Conde



Es un rincón escondido, inaccesible. Frías e inhóspitas elevaciones serranas que marcan el límite con la Castilla vieja. Es la zona norte de la provincia de Guadalajara, un territorio de relieve muy replegado con sierras como la de Pela, rayana con la vecina Soria. El nombre no es casualidad y su origen quizá responde a las bajas temperaturas que sacuden el invierno. Pero no hay por qué asustarse. El paisaje transmite

frialdad sólo en apariencia. En el fondo, provoca un interés sanísimo de recorrer sus caminos agrestes. “Por los montes cárdenos camina otra quimera”, escribió Machado en sus soledades.

La mañana se ha presentado gélida. Campos castellanos cubiertos de un blanco descorazonador y triste, aunque delicado. El olfato se revela inútil. El clima no permite oler ni la miel de Sigüenza ni el perfume que desprende la sequedad de la tierra. Nada interrumpe el silencio, salvo el soniquete afligido del viento que azota a primera hora. Los cánticos de los grillos, de los gorriones y de los buitres leonados que sobrevuelan sin apenas batir las alas, han desaparecido de estos parajes, cercanos a la ribera del río Sorbe. Nos queda la ausencia de ruido. Y con ese equipaje basta.

Llegado desde la montaña del Alto Rey, cruzo el desmochado puente sobre el río Manadero, afluente del Bornoba. A la derecha, el popular merendero. A la izquierda, la villa de Albendiego, emplazamiento de la ermita más característica del románico de Guadalajara. Un diamante que se ha conservado con admirable apego de los habitantes de un caserío que se yergue en una amplia y enfondada cuenca. Es un edificio hermoso y sitiado por una arboleda inusual en la zona y ornamentado con un extraordinario ábside señero y una sorprendente piedra tallada. A su lado, la minúscula población de Albendiego, desamparada en una singular posición de la sierra. El estrecho camino asfaltado de la entrada le hace permanecer unido con la carretera local, y de esta manera, con la civilización de nuestros tiempos. No se ve a nadie, ni siquiera en la fuente de la Plaza del Reverendísimo Obispo Dr. Ricote. Tan sólo a un labrador, con una mirada cansada, que se apresura con su tractor a realizar las tareas del campo.



-Buenos días, ¿vive usted sólo?